

La OCDE y la nueva institucionalidad agropecuaria en Costa Rica

Luis Miguel Barboza Arias
Investigador (*)

Para las entidades agropecuarias del país es claro que una reforma de las políticas dirigidas al sector fomentaría la competitividad. Sin embargo, lo que aún no se termina de definir es cómo mejorar su diseño de manera tal que los nuevos lineamientos respondan no solo a las inestables condiciones del mercado de estos productos sino también a los desafíos de sostenibilidad de los sistemas socio-ecológicos y productivos en un contexto enmarcado por la incertidumbre asociada al cambio climático, la seguridad alimentaria y nutricional y, de forma primordial, la meta del crecimiento económico con menor desigualdad.

Si bien se han logrado avances importantes en la identificación de temas clave para el desempeño productivo del sector, en particular, la necesidad de fomentar un Sistema Nacional de Innovación Agroalimentario y el fortalecimiento de mecanismos de transferencia científico-tecnológica para la generación de valor agregado en actividades agropecuarias, se debe reconocer la ausencia de instrumentos efectivos para dar seguimiento y hacer evaluación de estos procesos. Uno de los principales obstáculos en la consecución de este objetivo es la existencia de una estructura sectorial fragmentada, según lo

señalado por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), en el marco de la revisión de políticas públicas agropecuarias que realiza en Costa Rica, como parte del proceso de incorporación del país a la Organización.

En concreto, el sector no dispone de un espacio para el diálogo interinstitucional que permita a las entidades que lo conforman ponerse de acuerdo con el establecimiento de una agenda compartida hacia la cual confluyan los intereses y propósitos de trabajo. Se trata de una seria deficiencia organizacional que afecta la toma

de decisiones y, en consecuencia, la capacidad de maniobra operativa. Los efectos directos sobre la realidad resultan evidentes: débil vinculación público-privada, poco estímulo a la investigación y desarrollo (I+D) con fines aplicados y desarticulación productiva debido a la atención parcial que reciben dinámicas complejas en territorios rurales donde la perspectiva integral resulta la metodología más apropiada.

Por ende, es necesario unir esfuerzos para alcanzar reformas viables a mediano y largo plazo, que permitan a Costa Rica disponer de medios efectivos

con el fin de asegurar una gobernanza inclusiva en el sector agropecuario. La OCDE está planteándole a Costa Rica el dilema de repensar la nueva institucionalidad agropecuaria. Para asumirlo con éxito, el país y las instituciones del sector tendrán que considerar la búsqueda de consensos. Es necesario alcanzar acuerdos en temas cruciales como el anclaje de las estructuras de apoyo al productor a iniciativas de empoderamiento local y desarrollo de capacidades. En particular, lograr la visibilización del rol que tienen grupos sociales específicos en el medio rural y la producción, como mujeres y jóvenes, así como

las transformaciones en la tenencia y uso de la tierra, pueden favorecer la comprensión institucional en áreas como la política de empleo y los programas de asistencia técnica y financiamiento. Finalmente, la construcción de indicadores representa un elemento central del monitoreo de políticas. Se debe avanzar en la identificación de metodologías que permitan avanzar en esta línea y generen al país los datos necesarios para validar cualquier acción propositiva en estos ámbitos.

(*) Centro Internacional de Política Económica para el Desarrollo Sostenible, Universidad Nacional.

El Lugar en el que estoy

Hermann Güendel (*)

hermann.guendel.angulo@una.cr

A lo largo de nuestra vida transitamos por distintas épocas cargadas de múltiples momentos. Cada momento nos da alguna vivencia, cada época alguna experiencia. Es justamente ese recorrido el que nos permite comprender la vida. El sentido de nuestra existencia lo contiene el tránsito entre nuestras vivencias y experiencias. Cada momento encierra el significado de los tiempos, nos permite vislumbrar el carácter de las épocas. Recordamos las distintas épocas por las experiencias de sus momentos.

Hoy, a mi haber, vivimos hoy en una de época de incertidumbres. Dentro de ella, nos encontramos en un momento particular, el de no poderse vislumbrar

la solución de sus miserias. La dinámica humana se dirige entonces hacia una reacción retrógrada que la profundiza. Comprender este movimiento, que desgasta y defrauda nuestras expectativas, requiere comprender al hombre mismo como corporalidad de momentos épicos, pues las épocas se componen de conductas humanas.

Lo que somos se corporaliza en el lugar en el que estamos. Ese lugar, espacialidad del tiempo. Dentro de él, se articula una compleja síntesis de artificialidades convencionales con base en la cual interactuamos con otros, los comprendemos, valoramos y creamos vínculos de intimación y filiación. La convivencia es así: el

escenario de experiencias y vivencias, provocado por la mediación de convenciones que nos hacen mutuamente comprensibles. Pero, lejos de enfrentarnos a una única realidad, encaramos diversas, centralizadas todas a través de normativas que administran la diáspora humana por medio de la fuerza impositiva y la generación intencional de consensos. La sociedad es un artificio de poder político.

Así las cosas, cuando salgo de esa pequeña región de realidad que constituye mi mundo, las otras regiones me son inciertas, aunque no inusitadas. Me muevo a través de ellas con un profundo extrañamiento y temor hacia lo otro. Con quienes habitan los

extremos de este transitar abro un tirante juego de autoridades que desemboca en conflicto. La convivencia se me vuelve problemática. La oportunidad de gozar de la complejidad, de vivir rozando al otro y lo otro no tienen un significado abierto, sino una condición relacional: su sometimiento a mis exigencias. Por ello, no puedo vislumbrar la solución al momento que enfrento, ya que esta no está en mis manos, sino en las nuestras. Esto es lo que no comprendemos. Esta es su miseria.

Lo distinto no aturde y atemoriza, por ello necesitamos controlarlo. Pretendemos vivir el resto del mundo como si fuese nuestro mundo, el conjunto de los diversos momen-

tos del nuestro presente como si fuesen los que habíamos vivido anteriormente. Nuestro encuentro con lo diferente responde a la realidad desde la que somos alguien. Al transcurrir por las regiones donde encuentro la diversidad de los otros, mis condiciones de identidad generan resistencia a la presencia de lo no acostumbrado. Esta resistencia solo se vence por medio de la proximidad de un amado, ya que las exigencias diarias de experiencia del amado nos imponen la convivencia, no su censura y castigo.

Necesitamos así de una resignificación. Ese esfuerzo, propio solo a unos cuantos espíritus nobles, se materializa y sustenta a través de una institución normativa, una

suerte de Instituto Nacional de la Diversidad Humana. Sin tal, la aproximación a lo diferente reproduce las condiciones de su desprecio, pues nuestra cotidianidad se encuentra saturada de condenas que responden a lo diferente con distanciamiento y deseo de castigo. Su modificación solo nos será efectiva a través de cambios superestructurales.

Por ello, cuando la conciencia simplona se dice ante lo diferente: "esto nunca se había visto en este país", resiste displicente a lo otro y lo otro con un gesto neoconservador. La miseria del momento desemboca a través de esto en el retroceso político a la intolerancia de lo diverso.

(*) Filósofo
Escuela de Filosofía